

MARÍA Y AMALIA O EL VÍNCULO DE IDILIO Y CRUELDAD EN SUS REPRESENTACIONES SOCIALES Y CULTURALES COMO NOVELAS FUNDACIONALES EN AMÉRICA LATINA

Edwin Carvajal Córdoba¹

Un breve recorrido bio-bibliográfico por escritores, obras y tendencias literarias durante el siglo XIX en América Latina, permite evidenciar que en muchos casos la literatura latinoamericana, una vez alcanzados los procesos de independencia, exceptuando a naciones como Cuba y Puerto Rico que alcanzaron dicho proceso en los albores del siglo XX, cumplió un papel protagónico como instrumento de definición y validación de lo nacional, dado su utilidad política para recrear el momento histórico al que asistía todo el continente. En la mayoría de los nuevos países surgieron proyectos discursivos que pretendían acompañar y moldear los procesos de formación de los sujetos pertenecientes a las nuevas sociedades; proyectos que en la mayoría de los casos fueron distantes de las realidades sociales, económicas y políticas que vivía cada nación, porque “La independencia no trajo la tan esperada felicidad a los pueblos de la América Hispánica –advierte Henríquez Ureña–. La mayoría de los países salieron arruinados y con su población diezmada de la larga lucha sangrienta” (Henríquez, 1994: 116); sólo a partir de los años cincuenta comienza la organización política y social que llevaría a las recientes naciones a un periodo de estabilidad y posterior prosperidad.

El escritor decimonónico latinoamericano, como intelectual comprometido con los procesos de formación política y cultural que viven las nuevas sociedades, tuvo como escenario principal la literatura, y de manera especial la novela y el ensayo, para orientar las discusiones políticas sobre el perfil del nuevo hombre que debía formarse en estas tierras “libres”, y el proyecto de nación que debía acompañarlo, pues se asistía al nacimiento de nuevos países en el orden mundial. En este contexto, se crearon los mecanismos políticos y sociales para garantizar la realización de dicho proyecto, el cual, como bien anota Beatriz González, “buscaba afanosamente la consolidación del efecto de unidad del estado nacional”, sin importar que para ello se inventaran mitos que ayudaran a definir la identidad nacional de las recientes naciones (González, 1987:178). En ese sentido, se confirma la importancia del papel determinante que cumplió el intelectual latinoamericano en la configuración de dicho proyecto a partir de sus propuestas discursivas que tuvieron eco y representación en las esferas políticas, sociales y culturales de las nacientes naciones latinoamericanas.

De acuerdo con lo anterior, se pretende en este texto explorar aquellos elementos políticos, culturales y sociales que aparecen en algunas novelas de la época señalada, con el fin de determinar el valor legitimador que tuvieron las ideas y los proyectos de algunos escritores en aquella tradición fundadora del siglo XIX. Por ello, se seleccionaron las novelas fundacionales de Colombia y Argentina, *María* y *Amalia*, para explorar los elementos definatorios que contribuyeron a la formación de la nación, y del pensamiento crítico para pensar, habitar y dirigir la sociedad. Estas dos novelas se inscriben dentro del romanticismo americano desde dos perspectivas diferentes: lo paradisíaco y armonioso en *María*, acompañado de descripciones y simbolizaciones de la naturaleza como parte esencial de la vida en el campo, y lo truculento y sombrío de

¹ Magister en Literatura Colombiana, profesor Universidad de Antioquia. Doctorando en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Granada, España.

Amalia, seguido de los retratos y representaciones de la vida social y militar en la ciudad; en ambas novelas la figura femenina adquiere valores disímiles e importantes que se construyen en medio de tramas, escenarios y caracterizaciones igualmente distintos para constituir lo que tanto Isaacs, en su propia nación, como Mármol, desde el exilio, anhelaban para el futuro inmediato de sus respectivos países, quizás éste último con mayor decisión, dado la situación de represión que vivía gran parte de su Argentina natal. Será entonces el análisis histórico social de estas dos novelas, apoyados en algunas fuentes biográficas de sus escritores, así como en diferentes textos de historia social de la literatura en relación con la formación de las sociedades hispanoamericanas, el objeto central de este texto, con el objetivo de desvelar el papel legitimador que guardan los proyectos discursivos de sus respectivos autores.

La organización de las novelas: Sus elementos constitutivos

No representa una sorpresa el hecho de que las novelas románticas que se produjeron en América Latina en el siglo XIX carecen de una elaboración estructural novedosa y creativa, y que su gran valor radica en la introducción de elementos románticos para representar la realidad propia del continente, desde la conquista de la naturaleza y el paisaje, pasando por la construcción del pasado, hasta la descripción de las condiciones del hombre, sus sentimientos, sus ideales y aspiraciones políticas. Con relación a este aspecto afirma Henríquez Ureña cuando se refiere a ellas: “Las novelas de este período son por lo general débiles de estructura, pero con frecuencia sobresalen en la descripción de costumbres, una de las características principales de nuestra literatura de aquellos tiempos” (128). Es precisamente esto último por lo que constituyen creaciones importantes de estudiar y máxime para el objetivo que busca el presente trabajo. Al respecto debemos confirmar que las dos novelas de este análisis no constituyen paradigmas de creación literaria en nuestro continente, aunque se debe reconocer que la novela de Isaacs intenta desde el lenguaje elaboraciones novedosas con un estilo único y bien logrado, que de hecho ha merecido un reconocimiento por parte de la crítica literaria. Sin embargo, la razón por la que se abordan aquí se debe a que constituyen documentos literarios de gran valor para estudiar el trasfondo social y político que recrean, y el significado que cada autor le asigna, dado el momento histórico que viven ambas naciones, y en general, el continente latinoamericano.²

Para el propósito que pretende este apartado, se debe decir que la novela de José Mármol se divide en cinco partes, cada una con trece, doce, dieciséis, diecisiete y diecinueve capítulos respectivamente, además de una explicación inicial donde el autor aclara el sistema en pasado de los verbos que utiliza en la obra, sin importar que algunos de sus personajes históricos todavía existen, y un epílogo final donde se precisan algunos datos del desenlace final de la historia. La extensión de la obra es de 609 páginas en la edición de Editorial Bedout (Medellín, 1980), y se pueden detectar aspectos importantes en su estructuración y que a la postre servirán para consolidar el significado de su intencionalidad para aquella época; además, no se puede olvidar que Mármol escribe su novela desde exilio, en el Uruguay, y lo hace por entregas en el

²Recuérdese también que la novela romántica -como género literario- ayudó a la constitución de las historias de las nuevas naciones del continente americano. Para el proyecto político liberal decimonónico la novela se constituía en un poderoso elemento que encausa conductas, pues ella, como afirma Ignacio Manuel Altamirano, se encarga de representar la realidad social presente y preparar el futuro (1949:2).

suplemento literario del periódico *La Semana* en 1851, un año antes del derrocamiento de Rosas; más tarde, en 1855 se publicaría en formato de libro³.

Por su parte, la novela de Isaacs es más breve, 304 páginas en la misma editorial, (1978), con 65 capítulos y un epílogo final titulado “Definición”, donde se registran los provincialismos que figuran en la obra. En 1867 se publica esta obra, cuando están en pleno proceso de organización las nacientes repúblicas latinoamericanas. Sin embargo, a diferencia de la Argentina, en Colombia se asistía a una lucha interna entre liberarles y conservadores por defender y establecer sus respectivos proyectos de apertura y progreso del país, los cuales se debatían entre el modelo clásico y mesurado defendido por los conservadores a la cabeza de Rafael Núñez y una visión más libre y cultural promovido por los liberales. Sobra decir que al final triunfó el proyecto conservador y se inicia lo que en la historia de Colombia se conoce como la República Conservadora, que corresponde a los casi cincuenta años de gobierno del partido político conservador. Pero antes de que se produjese este triunfo conservador, irrumpe en escena la obra del vallecaucano Jorge Isaacs, y con ella, las posiciones confusas del autor frente a sus aspiraciones políticas y sociales en la contienda ideológica de la época⁴, pero es en su novela donde se evidencian algunas de sus aspiraciones sobre el futuro de la nación colombiana.

Al hablar de la figura del narrador en ambas obras, resulta interesante comprobar que existen dos tipos de narradores encargados de contar las historias de las novelas. Por un lado, Mármol se inclina por un narrador omnisciente u heterodiegético que aunque no participa en la historia que cuenta, todo lo sabe, tanto lo que pasa en la difusa Buenos Aires y sus alrededores, como lo que se trama desde el Uruguay y otras provincias de la pampa para derrocar al tirano del momento. Su papel de contador de la historia le da el derecho reiterativo para ocultar información que más adelante enunciará, como en una especie de ocultamiento / develamiento para generar la atención y retardar la aparición del desenlace final de obra.

Asimismo, resulta importante resaltar la constante insistencia de éste en los documentos históricos que presenta⁵, con el objetivo de validar la autenticidad de los hechos que narra, y también para permitir la aparición por momentos en la obra de la figura del escritor. Por su condición de escritor exiliado, la presencia de Mármol es bastante notoria en la trama, no sólo por su desprecio personal a todo lo relacionado con el tirano, sino también por su deseo de develar con lujo de detalles las aspiraciones de unos y otros en aquel momento histórico, sus debilidades, egoísmos, ambiciones, barbarie, ingenuidad y demás condiciones humanas en las que se vieron envueltos todos los actores que participaron en la lucha por la libertad del pueblo argentino, de la cual él era uno de sus mejores defensores. Todos estos aspectos son importantes para medir la subjetividad del narrador, pues su presencia en la obra le impide, en ocasiones, novelar o ficcionalizar con mayor decisión e imparcialidad el periodo de la dictadura argentina

³ Sin embargo, se debe advertir que la novela no se alcanzó a publicar completamente en dicho periódico, fundado por el propio escritor en 1851, pues con la caída del régimen de Rosas en febrero de 1852, Mármol se desplaza a Buenos Aires, y es en 1855 cuando se edita por completo bajo su propia supervisión en la Imprenta Americana de Buenos Aires.

⁴ Germán Arciniegas presenta en *Genio y figura de Jorge Isaacs* una radiografía bastante completa del pensamiento político de Isaacs, pensamiento por demás ambiguo dada sus alianzas con el ala radical del partido liberal cuando decía pertenecer al partido conservador, y sus constantes coaliciones a uno u otro partido según sus propios intereses.

⁵ Documentos que aparecen en gran cantidad con fechas y nombres precisos, y con detalles de todos los acontecimientos políticos y militares que se suceden en el plano real de la historia argentina.

que va desde 1837 hasta 1852. Es por ello que en varias ocasiones cuando asistimos a pasajes verídicos, ya sea en forma indirecta o bien con la presencia de documentos históricos que validan su condición, aparece la voz de Mármol, agazapada al lado de la figura del narrador, dando explicaciones sobre la condición histórica de los mismos: “Y para poder fijar con claridad la filosofía de esta conclusión, la novela ha tenido que historiar brevemente los antecedentes que se acaban de leer” (361), o en otros pasajes donde se separa en un mismo plano narrativo el discurso histórico del novelesco con sentencias como “Al cerrar este capítulo, en el que la novela ha sido una verdadera historia, pues que tal reunión tuvo lugar, en efecto, en la noche del 6 de septiembre de 1840, con algunos de los incidentes que se han referido...” (552)⁶.

Por otro lado, Isaacs se decide por un narrador incluido dentro de la historia, un narrador personaje, testigo directo de los acontecimientos que se narran, en términos de Genette, se trata de un narrador homodiegético intradiegético, porque es Efraín, el héroe de la novela, quien va a contar su propia historia: Él ya sabe todo, desde el comienzo hasta el final, y lo que hace es organizar los acontecimientos en forma gradual, mas no cronológica, para mantener la tensión del texto y la demanda de un lector atento. Sin embargo, hay momentos importantes en la novela, como el desenlace de la muerte de María, donde aparece otro narrador, en este caso la hermana de Efraín, para referir aquellos acontecimientos que él no pudo presenciar dado su alejamiento de la casa paterna. La presencia de Isaacs no se detecta a lo largo de la trama novelesca, a diferencia de la novela argentina, quizás se deba, por un lado, a la preponderancia de la figura del narrador Efraín, quien en todo momento narra o evoca los sublimes y tristes pasajes de su vida, en donde la angelical María ocupa un lugar destacado en su narración, y por otro, posiblemente lo más importante, por la casi ausencia de situaciones problemáticas de orden social o político en el trasfondo de la novela, aspecto que será abordado en otro apartado de este texto.

Se da entonces la presencia de un narrador personaje centrado casi exclusivamente en la relación afectuosa y nostálgica que conserva con su familia, su región y su idílico amor, pues las referencias al contexto histórico de la época son escasas y casi siempre en estado de armonía y estabilidad, lo que da lugar a la ausencia de cualquier tipo de documento histórico, como sí ocurre en *Amalia*, que precise o recree el entorno social y político en el cual se enmarca la historia de los amantes.

Otro aspecto que merece la atención en este apartado, tiene que ver con la titulación que se asigna a las dos novelas, dada la presencia de la figura femenina en ella, tan frecuente en la época señalada⁷, y que tendrá relación directa con las heroínas de las obras. Frente a este aspecto se debe anotar que cuando se lee la novela de Mármol queda la impresión de que posiblemente se asiste a un equívoco en la nominación de la misma: *Amalia*, esto, dado que siempre durante la trama novelada (la vida de los amantes), y la trama histórica de la obra (la situación social y política de Argentina), la figura del personaje Amalia Sáenz de Olabarrieta aparece muy pocas veces, y en escenas poco trascendentales para la trama principal de la obra, la cual no es otra que la vida en la

⁶ No se puede olvidar la forma originaria de publicación de esta novela, es decir, por entregas periódicas en una revista uruguaya, ante lo cual es normal encontrar consideraciones de este tipo que funcionan como explicaciones del autor con el lector sobre la finalidad de su novela, es decir, el carácter de veracidad que acompaña gran parte de la narración.

⁷ Recuérdese otros casos de novelas decimonónicas con títulos de mujeres: *Cecilia Valdez* de Cirilo Villaverde, *Manuela* de Eugenio Díaz Castro, *Dolores* de Soledad Acosta de Samper, *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano, *Soledad* de Bartolomé Mitre

Argentina del dictador Rosas en varios meses del año 1940. Cabría entonces la pregunta ¿por qué no denominaría el autor su novela “Daniel”? Es un buen interrogante si tenemos en cuenta que las dos tramas que se novelan en la obra tienen como actor principal al valeroso e inteligente Daniel Bello, buen mozo, de posición privilegiada, defensor de la causa liberadora de su pueblo, “como todo noble unitario”, y que se camuflaba con gran capacidad en los círculos federales del tirano para obtener información, manipular a varias de estas figuras en beneficio de su proyecto liberador, y, por supuesto, para proteger su vida en momentos en los cuales se perdía con gran facilidad con la sola orden del dictador o de cualquiera de sus fieles seguidores.

Se podrían aventurar hipótesis al respecto, pero quizás el valor y la importancia del personaje de Amalia recae sobre su valentía al desafiar la norma del tirano y sus secuaces de la “Mazorca”, club de asesinos como los llama Mármol en su obra (555), de ser contestataria ante los militares aliados del tirano, y en especial, al desafiar su poder, quedándose en Buenos Aires (533), con lo cual desafía el poder de la dictadura y da una lección a aquellos nobles y sensatos argentinos que eligen la vía de la emigración por el Río de la Plata hacia el Uruguay, antes que seguir soportando tanta barbarie y arriesgando a cada instante sus vidas, tal es el caso de Florencia, la prometida de Daniel, y su madre, quienes al final deciden abandonar Buenos Aires, con lo cual salvan sus vidas, lo que no pasa con Daniel, Eduardo y Amalia quienes mueren en las manos de la Mazorca.

Por el lado de Isaacs, se puede anotar que el título de su novela aparece más justificado que en la obra anterior, pues en su *María* se asiste a la historia de la pareja de amantes desde la óptica de Efraín, pero centrada en su relación con su amada, es decir, en la historia personal de María, y para ello se observa cómo se recupera el origen de ésta, sus primeros años, su vida adolescente y sus primeros brotes de amor, al igual que los de su fatal enfermedad, con el fin de enmarcarla de principio a fin como personaje clave sobre el cual recaerá gran parte de la narración de la novela. En este sentido, la figura de María no se representa como un ente decorativo o de segunda mano, sino, por el contrario, como aquella figura femenina de gran significación sin la cual no es posible presenciar en la novela, por un lado, aquellos elementos y descripciones propios del romanticismo decimonónico en América Latina, y por otro, las alusiones y concepciones que para la época se tenían del rol femenino en la sociedad, aspectos que más adelante se detallarán en otro apartado.

Con lo anterior se quiere comprobar la relación ajustada que se establece entre el título y el argumento de la novela del escritor colombiano; pero ello no significa que se descalifique a la novela de Mármol, o a cualquier otra en donde el título no parece coincidir considerablemente con la historia misma que caracteriza, sino que atendiendo a la categoría de paratexto, que según Genette constituyen la parte que antecede al contenido central del texto, y que aporta información importante sobre él (1987:142), se observa que esa finalidad se ve claramente justificada en la novela colombiana, y no tanto en la argentina.

En general se podría afirmar que los títulos de ambas novelas, como únicos paratextos en ambas narraciones, dada la ausencia de otros elementos anteriores a las historias, como por ejemplo epígrafes o dedicatorias, aparecen desprovistos de significados expresos y definitivos en reemplazo del contenido textual; y que lo único que adelantan a la historia, o que desvelan de entrada, es la presencia femenina en las mismas, mas no su funcionamiento o estructuración. Por ello, el lector sólo podrá inferir antes de la

lectura de las novelas, que habrá un personaje portador de dicho nombre, cuyo papel será determinante en la historia de la misma; inferencia que se hace más transparente y fiel en la novela de Isaacs, y un poco más extraña e irregular en la novela de Mármol.

El proyecto político: la función de los amantes y el trasfondo histórico

Cuando se conocen las historias de las novelas y sus respectivos elementos constitutivos u organización narrativa, se hacen explícitos los elementos formales en los que cada escritor se basa para edificar su obra y representar sus historias ficcionales en contextos concretos como el colombiano y el argentino decimonónico. Ahora bien, todavía falta indagar sobre aquellos aspectos legitimadores de sus discursos de acuerdo al momento político y social que vivían ambas naciones en la época señalada.

En este sentido, el romance en estas dos novelas, así como las tensiones socio-históricas que se recrean en las mismas, constituyen los elementos más decisivos a partir los cuales tanto Mármol como Isaacs establecen sus posturas políticas frente al momento histórico en que viven, con la intención de respaldar o condenar aquellos fenómenos y situaciones que afectan el presente y futuro de sus respectivas naciones en los ámbitos social, económico, cultural y político⁸.

Para tratar de esclarecer estas posturas, se empezará con las historias de los amantes y la funcionalidad que tienen dentro de la historia, y se continuará después con las tensiones que se detectan alrededor de la historia de los amantes, cuyo significado último confirmará la posición y el pensamiento de los escritores frente al futuro de sus naciones.

a. Efraín y María, Daniel y Amalia: la constitución de unos héroes frustrados

En la lectura de *María y Amalia* es fácil advertir situaciones dosificadas y de variada índole, que se generan alrededor de las figuras de Efraín y Daniel, para la constitución del héroe romántico latinoamericano. María no puede ser la heroína porque su fatal enfermedad la lleva a la muerte sin dejar especie que pueda reproducir las nuevas generaciones imaginarias de colombianos; igualmente, el ideal de convertir a Amalia como heroína de la novela se ve seriamente comprometido no sólo por su escaso protagonismo en la obra, como ya lo habíamos enunciado antes, sino también porque al final muere sacrificada por los fieles simpatizantes de la dictadura de Rosas. En cambio, Efraín y Daniel, a pesar que este último muera al final, se perfilan desde el inicio hasta el fin como el ideal de sujeto que, según las representaciones objetivas o subjetivas que nos exhiben Isaacs y Mármol, anhelan las naciones colombiana y argentina para

⁸ El tema del “romance nacional” en la literatura latinoamericana del siglo XIX ha sido ampliamente estudiado por varios críticos que ven en ellos el hilo constructor de los proyectos nacionales que para la época se ponían en marcha en estos países. Quizás uno de los estudios más rigurosos lo constituye el de Doris Sommer “Amor y patria: una especulación alegórica”, donde propone considerar a *María* como una alegoría nacional de la situación política y sociocultural de la realidad colombiana de la época. Sin embargo, esta lectura se vuelve problemática porque al estar ausente el discurso histórico-político, el discurso amoroso difícilmente puede aludir a él. Es decir, que el argumento amoroso y el escenario político no se superponen, por tanto, no invitan a una lectura doble de los eventos narrativos. Además, como alegoría nacional amorosa, donde se refleja el futuro ideal de la naciente nación, presenta fallas debido a que el amor reproductivo de la pareja protagonista no funciona dada la muerte de la heroína.

encausar el proyecto de un país mejor, sin importar que dicho proyecto corresponda a una lectura personal y subjetiva de los mencionados escritores.

En *María*, para iniciar, es fácil advertir las situaciones que enfrenta Efraín, que a la vez funcionan como pruebas, en el constante proceso de constitución como héroe; héroe que a diferencia de los héroes de la literatura fantástica queda reducido a un mar de frustración. A propósito, el héroe de los cuentos fantásticos o maravillosos tiene que pasar pruebas para validar su posición como tal y que le permiten recibir al final el objeto de su deseo, que casi siempre es una mujer o princesa con la cual se casa, tiene hijos y vive feliz (Castro, 1994:21). Algunas de las funciones que desempeña el héroe maravilloso son muy similares a las que cumple Efraín en la novela:

Alejamiento: Efraín parte a la capital para comenzar sus estudios.

Prohibición: Se le prohíbe provocar, con sus sentimientos, emociones fuertes a María.

Carencia: A Efraín le hace falta el amor de su amada.

Combate: Efraín combate con la naturaleza para salvar la vida de María.

Partida: Parte para Europa con la intención de especializarse y volver para consumir su amor.

Regreso: Efraín vuelve a su tierra a rescatar, sin éxito, a su amada de la muerte.

Sin embargo, a diferencia de otros héroes, Efraín no cumple algunas funciones para llevar a feliz término su condición de figura privilegiada: No *Trasgrede* la prohibición, no hay *Engaño*, *Victoria*, *Reparación*, ni *Matrimonio*. Por esto, desde el punto de vista formal, Efraín es un héroe frustrado porque no logra poner fin a la situación de daño -la enfermedad de María- que le imposibilita su felicidad.

Para continuar construyendo el proceso de constitución de Efraín como héroe nacional, resulta interesante presentar tres momentos o procesos por los que Isaacs lo somete a prueba para merecer tal reconocimiento:

1. *El alejamiento:* Desde la primera página de la novela el lector se entera que Efraín parte a la capital para comenzar sus primeros estudios. Este motivo va ser de trascendental para la vida del personaje porque le va a permitir adquirir conocimientos que en su ciudad natal escasean. Efraín aprende en el exterior: posee el poder de la escritura, compone versos, tiene conocimientos en todas las áreas de las ciencias, sabe de siembras y cultivos, lee todos los clásicos literarios, y conoce las escrituras católicas. Visto de esta forma, Efraín encarna al hombre culto y sabio que luego de seis años regresa a su tierra para hacer buen uso de tanta sabiduría en su casa paterna.

2. *El regreso:* Una vez en el Valle del Cauca Efraín empieza a ejercer la variada acumulación de conocimientos que van a permitir que su familia y la comunidad de su región convivan en un ambiente feliz: es profesor de geografía, historia, literatura y religión; enseña nuevas formas de siembra, logra adivinar las palabras que su María no logra expresar. Además, es humilde, cena en mesa de mulatos, siente gran afecto por los negros esclavos, tanto que llora la muerte de Nay, trata cariñosamente a sus hermanos, es fiel amigo de Carlos, es buen hijo, es un excelente cazador, cuida la enfermedad del padre, cree en Dios, el cielo y el paraíso, llora: es sentimental, consuela al huérfano de Juan Ángel, soluciona el noviazgo entre Salomé y Tiburcio. Como es el narrador de la historia, también le corresponde describir a María y traducir sus pensamientos, pues ésta aparece, la mayoría de las veces, desprovista de la voz; por ello es mirada y presentada constantemente por el narrador que interpreta sus gestos. Esta

situación produce que Efraín como narrador asuma el papel de intermediario entre María y su mundo exterior, dado que ésta pocas veces habla, está ausente, privada de la realidad y en este sentido un poco menos verosímil, más sumisa y por tanto más observada por la figura del narrador, quien en última instancia se convierte en un gran observador para traducir el escaso mundo verbal de su amada.

Igualmente, y esto es bien importante, su relación con la naturaleza es de superioridad: Efraín vence la naturaleza en el momento en que cruza el río crecido para salvar la vida de María. Con este acto heroico Efraín adquiere el máximo reconocimiento como héroe romántico, que se enfrenta contra todo por salvar a su amada. Igualmente, Efraín adopta una postura diferente en el momento de enfrentar a la Naturaleza: Cuando se manifiesta en forma de *paisaje*, la humaniza para contemplar y enamorar: “La cordillera de Occidente, con sus pliegues y senos, semejava mantos de terciopelo azul oscuro suspendidos de sus centros por manos de genios velados por las nieblas” (33). De alguna forma el paisaje en la novela se asemeja a una figura femenina, como una metáfora, cuya fiel representante es María. Cuando es territorio lo domina y conquista, y cuando es naturaleza la vence e iguala su poderío: “-El hombre que vive en la casita del paso –me interrumpió María-, al reconocer esta mañana tu caballo negro, se admiró de que no se hubiese ahogado el jinete que anoche se botó al río a tiempo que él le gritaba que no había vado” (49). De esta manera Efraín logra controlar a la naturaleza, ella ya no será un obstáculo para la consecución de sus intereses, mas no podrá hacer nada con el trágico destino que desde el inicio acecha a María⁹.

Este segundo momento es quizás el más importante en la realización del héroe debido a que Efraín representa un signo positivo para todas las personas de aquella región, es un líder que se entrega a su pueblo para remediar penas, para aportar conocimientos, para restaurar el orden deseado y garantizar así una convivencia solidaria, venturosa y próspera.

3. *La obediencia*: Como los dos momentos anteriores, éste se reviste de igual importancia por la simple razón de que Efraín tiene que obedecer para ser héroe, de lo contrario no lo lograría. Es desmesurado el don de la obediencia que es inyectado en Efraín: obedece y complace a Emma, María, a su madre, y sobre todo a su padre: Obedece cuando parte a la capital, cuando regresa, cuando le ayuda al padre en las obligaciones administrativas y del campo, cuando le prohíbe amar mucho a María, cuando parte a Europa, entre otras.

El padre tiene el poder sobre su hijo, un poder que en términos de Foucault se ejerce en forma reducida, es decir, pensar el poder únicamente en forma negativa: como delimitación, obstáculo y censura (1989: 7), para alcanzar fines personales antes que colectivos. Es por esta razón que el poder del padre se reviste de la forma del *no debes*, del *discurso de lo prohibido* y del *haz esto y aquello*, lo que hace que éste asuma el papel de soberano absoluto y Efraín el de víctima que renuncia a sus derechos naturales y sociales por el simple hecho de no enfrentar el poder, única forma de trasgresión. En

⁹ Pedro Henríquez Ureña, en su clásico libro ya citado, menciona que la descripción de la naturaleza fue “para nuestros románticos un deber que había que cumplirse religiosamente. Era un dogma que nuestros paisajes sobrepasaban a todos los demás en belleza. Nuestros poetas y escritores intentaron, y prácticamente llegaron a realizarla, una conquista literaria de la naturaleza en cada uno de sus aspectos” (133). Por ello, la novela de Isaacs da muestras desmesuradas de este entorno donde la naturaleza es sometida por la fortaleza del héroe con la finalidad malograda de la supervivencia de su amada.

muchas de las situaciones de prolepsis que se presentan en la novela desde su mismo comienzo es fácil advertir el arrepentimiento de Efraín por tantos años de obediencia: “¡Corazón cobarde! No fuiste capaz de dejarte consumir por aquel fuego que, mal escondido, podía agostarla” (28).

Consideramos la no trasgresión de la norma por parte de Efraín como el elemento crucial que le imposibilita al héroe alcanzar su premio: María. De la constancia en la obediencia de Efraín se espera que al final reciba alguna retribución, como su propia madre lo expresa: “Yo, en estos cuatro años que no estarás a mi lado, veré en María, no solamente una hija querida, sino a la mujer destinada a hacerte feliz y que tanto ha sabido merecer el amor que le tienes; le hablaré constantemente de ti, y procuraré hacerle esperar tu regreso como premio de **tu obediencia** y de la suya” (179). Pero no es así, Efraín no recibe el trofeo prometido por sus largos meses de obediencia, a cambio sólo recibe una pequeñísima parte de él: las prendas y trenzas de María; de ahí que afirmemos que Efraín efectivamente se constituye como héroe, pero como un héroe con carencia, frustrado.

Por otro lado, en *Amalia*, este proceso de constitución de héroe se ve mucho más revelador y cargado de atributos que engrandecen durante toda la obra la figura del joven Daniel Bello. Entra en escena para salvar la vida de su amigo Eduardo, el temeroso unitario y lector apasionado de escritores como Bayron o Hoffmann en su lengua original, el cual decide huir del país, dando inicio al desenlace desafortunado de los jóvenes, ya que con su frustrado escape, que a la postre casi le cuesta la vida por las heridas mortales que dejó su enfrentamiento con un grupo de la mazorca, y del cual pudo salir con vida por la intervención oportuna y valerosa de su amigo Daniel, quedó en evidencia ante la sospecha de los buenos federales, amigos y familiares del dictador, que se dedicaban a cazar a cuanto unitario declarado hubiese en el país, teniendo a la cuñada de Rosas, Doña María Josefa Escurra, como la más efectiva y mortífera de sus delegadas ante la mazorca. A propósito de los muchos exiliados que tuvo la República Argentina en la época del régimen de Rosas, Henríquez Ureña nos recuerda que debido a la situación de caos que devino luego de la ascensión del tirano al poder, “los jóvenes idealistas empezaron a verse perseguidos por Rosas, y fueron escapando uno tras otro; volvieron al cabo de quince años de destierro, para reorganizar el país de acuerdo a sus sueños” (122), entre estos estaba el autor de esta historia y otros escritores de gran importancia para la historia presente de Argentina, como en el caso de Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento.

El intento fallido de fuga de Eduardo da pie a que se inicien las sospechas, vigilancias y perseguidas a las figuras de Daniel y Amalia, y a la de todos los que en círculos familiares o sociales tienen que ver con éstos, lo que lleva finalmente a su descubrimiento y posterior muerte. Pero también es el inicio de las hazañas y proezas que Daniel empieza a realizar y superar en ese constante ascenso hacia el héroe romántico que sueña con un futuro mejor en su tierra argentina, sueño compartido por el propio Mármol y por muchos escritores e intelectuales que desde el exilio trabajaban para este fin. Sin embargo, Daniel es un férreo opositor de esta práctica de emigración, pues como bien dice en una de sus cartas¹⁰: “La emigración deja en poder de las

¹⁰ Las cartas y los periódicos como únicos medios de información en la época cumplen un papel excepcional, por un lado, como especuladores y ocultadores de la verdad que se cierna sobre la situación argentina, dado que eran manejados por integrantes de la Mazorca, y por otro, como arma importante de ambas posiciones –Unitarios y Federales– para obtener información primordial para el avance de sus respectivos proyectos intelectuales o belicosos.

mujeres, de los cobardes y de los mazoqueros la ciudad de Buenos Aires”, y más adelante “No podemos reconquistar a los que se han ido; pero a lo menos paremos el curso de esa copiosa emigración que va a buscar lejos una libertad que puede encontrarla a su lado, cuando alce su brazo armado sobre la cabeza del tirano” (206).

Como se ve, hay una clara alusión a la lucha organizada con las armas en la misma ciudad de Buenos Aires, en donde el joven unitario organiza un grupo de partidarios de sus mismas ideas, ímpetus y esperanzas, con la sana idea de organizarse con ingenio y vigor para derrocar al dictador en las mismas calles bonaerenses. Este sería su segundo rasgo de heroicidad en este personaje, porque se atreve a organizar reuniones clandestinas, aún conociendo el riesgo de su iniciativa. Sin embargo, más tarde comprenderá que sus proyectos e ideas no tienen el eco suficiente para incidir en aquellos jóvenes partidarios de sus ideas, pues uno a uno van emigrando hacia el Uruguay y él se queda cada vez más solo y decepcionado ante tan rotundo fracaso.

En el proyecto de una Argentina libre y democrática con el que sueña Daniel, y por añadidura su creador: “Dentro de poco tendremos la libertad, y con ella un campo inmenso para los trabajos de la inteligencia” (217), se ven envueltos algunos personajes claves que le permitirá aspirar al éxito de sus sueños, a la vez que ratifican ese constante heroísmo con que lo inviste Mármol para no dejar dudas de sus capacidades. Por ejemplo, un personaje que constituye el aspecto cómico-trágico de la obra recae en la figura de Don Cándido Rodríguez, anciano maestro de Buenos Aires que educó a buena parte de la juventud bonaerense de aquellos tiempos, entre estos, por supuesto, a Daniel y Eduardo. En este personaje, tal como se puede inferir de su nombre, encontramos la figura de un hombre ingenuo, incapaz de hacer daño a cualquier mortal, preocupado por la situación del país, pero más allá, preocupado por preservar su vida ante el peligro constante que reinaba en aquella época de injusticia sin fin. Y es de este personaje que se vale Daniel Bello para obtener información de primera mano que le significó, en buena parte, mantener al tanto a la resistencia, o grupo de emigrados argentinos en el Uruguay interesados en remediar la situación de su país natal, de la situación actual de Argentina y de sus zonas de batallas por todos los puntos cardinales. Sin embargo, no obtuvo de éste, la información necesaria para salvar al final su vida y la de sus dos grandes y únicos amigos: Amalia y Eduardo. Es Don Cándido pues la figura más festiva y desventurada de la obra, con la cual el lector encuentra mayores simpatías y pesares ante la desgracia de aquel personaje de sentirse amenazado por todos los frentes, situación que al final le permiten salvaguardar temporalmente su vida alojándose en el Consulado de Estados Unidos en Argentina.

La astucia de Daniel, sumada a su bien lograda inteligencia le van a permitir manipular e incidir sobre distintos personajes claves del momento histórico novelado para llevar a cabo sus planes, entre estos figuran militares, políticos y gente común, todos ellos fieles servidores del Federal Juan Manuel Rosas, incluso se vale de las buenas intenciones de Manuela, la hija de Rosas, para proteger su integridad. Este personaje femenino parece representar la víctima pasiva y sin resistencia de los designios de su padre, no sólo en lo personal, sino también ante el entorno social y político que representaba en Argentina la indefensa y bella hija del Restaurador de la Leyes, como solía llamarse su padre. Por ello su rol es casi decorativo, y sólo sirve para vigilar, complacer y proteger a su padre durante su estancia en la casa, para realizar bailes a fin de atender a los buenos federales que se inclinan ante la presencia de la hija del soberano, y para escuchar constantemente los vivos y demás halagos que negros, delatores, militares y miembros de la mazorca le concedían por ser la hija de su “salvador”.

No hay pues personajes que no cedan ante los encantos de caballero de Daniel Bello, pues su inteligencia, astucia y nobleza le permiten “moverse” en forma pública y oculta para llevar a cabo su proyecto, contando siempre con la ayuda incondicional de personalidades respetables o desconocidas del momento, salvo la del propio tirano, al cual nunca pudo ver ni abordar, dada las múltiples ocupaciones que enfrentaba a diario éste para conservar su régimen de terror.

Otros atributos que engrandecen la figura heroica de Daniel tienen que ver con sus osadías para comunicarse con la resistencia del régimen en el Uruguay, pues además de las cartas y periódicos que podía enviarles vía Río de la Plata, también por este mismo río realiza un viaje para reunirse con ellos en pleno Montevideo; además, que es el mismo río por donde traficantes de la emigración le consiguen armas, periódicos y todo tipo de necesidades que requiere para sus planes. Una vez en la capital Uruguaya, se reúne con ellos y trata de explicarles su plan para combatir al enemigo en las mismas calles de la capital, ante lo cual no obtiene apoyo, y antes bien, confirma como la resistencia no lucha de manera organizada por la misma causa, sino que cada uno desde sus propias e individuales posiciones combate a Rosas. Este viaje significa otro desencanto para el joven Daniel, quien una vez más se convence de lo solo que está en la lucha, y de los mezquinos intereses que tiene cada bando de la resistencia para luchar por la causa liberadora.

Pero quizá el mayor atributo que permite la canonización de héroe de Daniel Bello lo constituya su tenaz valor para reunir y proteger a la pareja de Amalia y Eduardo. A este último, como ya se vio, lo protege en momentos donde está a punto de morir a manos de la policía secreta de la Mazorca, y a ella, a su prima, la protege en todo momento de las sospechas que genera entre los federales por auxiliar y esconder en su casa al unitario mal herido que pretendía escapar al exilio la noche del 4 de mayo de 1840, el cual no es otro que su amado Eduardo. Es por la protección a esta pareja que Daniel se ve envuelto en todo tipo de circunstancias comprometedoras y expuestas al máximo castigo impuesto por la Mazorca: la propia muerte. Pero éste, con igual osadía e ingenio es capaz de sortear todo tipo de sospechas o descubrimientos.

Incluso, en muchas ocasiones se observa cómo este gallardo personaje descuida el amor de su vida, la hermosa Florencia, por dedicarse a la protección y al cuidado de sus amigos. Florencia es la única de los amantes que huye para preservar su vida, más no para defender su amor en Argentina, tal como sí ocurrió con Amalia, a pesar de morir por ello. Quizás por esto no sea representativa para los objetivos de Mármol, mas sí para poner de relieve el espíritu de preservación de la vida que mueve al hombre al ver amenazada su vida, su proyecto de vida, pues con la huida de su amada, pretendía Daniel protegerla del tirano y ponerla a salvo para luego alcanzarla y unirse a ella en matrimonio, objetivo que no pudo alcanzar dada su posterior muerte. Por otro lado, a diferencia de Efraín, Daniel no tiene que superar pruebas para acceder al amor de Florencia, pues durante toda la novela el narrador se encarga de anunciar el amor permitido y completamente sincero de esta pareja, cuyo único obstáculo a superar, sin éxito en todo caso, es el despotismo que reinaba en Buenos Aires.

Se podría indagar un poco más acerca de los atributos que posibilitan la exaltación de Daniel como el héroe por antonomasia de la novela de Mármol, pero los expuestos hasta ahora son suficientes para validar esta idea, es decir, la heroicidad de Daniel, que como en el caso de Efraín, es incompleta, frustrada, no por las mismas causas del personaje de Isaacs, pues Efraín termina con vida, aunque desencantado al final de la novela,

mientras que Daniel muere. Pero no es tanto la muerte física la que evidencia el estado de derrota o de frustración de este personaje, sino más bien su desencanto ante el fracaso de su proyecto liberador de la Argentina amada; desilusión que expresa ya al final de la novela con expresiones apocalípticas como “Para mí, esto está concluido” (550), o “Será siempre mentira la libertad, mentira la justicia, mentira la dignidad humana, y el progreso y la civilización mentiras también” (551), donde claramente asistimos al naufragio de un héroe que ve con indignación cómo sus ideales e ilusiones se derrumban ante la realidad confusa de su país. Las esperanzas iniciales de Daniel, que son durante casi toda la novela, y su desesperanza final, en la última parte de la misma cuando se ve solo en medio de tanto horror y barbarie, son una muestra fehaciente del fracaso del proyecto liberador de las tropas unitarias, de los caudillos libertadores de la causa argentina¹¹.

Un posible epílogo para cerrar este apartado definiría a estos héroes, figuras centrales de las historias, como una especie de proyección de identidades nacionales ideales, pues con sus osadías u obediencias se convierten en representaciones ejemplares con las que sueñan y anhelan los muchos ciudadanos de los iniciados países latinoamericanos. Héroes proyectados por sus respectivos autores en contextos disímiles, como una especie de reivindicación de los valores necesarios para la coexistencia en una sociedad armónica y en constante crecimiento social, cultural, económico y político. Héroes, en última instancia, que sirven de pretexto a Mármol e Isaacs para instaurar un romance “nacional” insostenible en las condiciones actuales de sus países, y que por analogía cumple con el propósito de llamar la atención y exigir las condiciones necesarias para su realización en un contexto sociocultural cordial y ventajoso para la sociedad, independiente de que las intenciones de dichos autores sean a título personal o social.

b. Las tensiones socio-históricas en el contexto de la narración

Los aspectos socio-históricos que se presentan en las obras de los escritores estudiados son desiguales en la medida en que no son de igual tensión e importancia para el momento histórico que vivía el continente, pues mientras que en *Amalia* dichos aspectos aparecen en un lugar privilegiado, casi al mismo nivel protagónico de la historia de los amantes, en *María* no hay alusiones directas y tal parece que se presentan de manera velada en el trasfondo de la trama del romance familiar. Una razón contundente que explicaría la razón de este fenómeno se debe a la convulsionada situación política que vivía la República Argentina en la época que se publica la novela, teniendo a Juan Manuel Rosas como el más déspota de todos los caudillos que hasta ese momento había gobernado la nación suramericana. Entre tanto, en la nación colombiana se vivía un clima de luchas internas entre liberales y conservadores por la hegemonía en el poder, incluyendo guerras civiles con cientos de muertos, pero sin una figura de las dimensiones de Rosas, y menos en un estado de terror como al que asistían miles de argentinos en su propia nación.

¹¹ Es necesario aclarar que el fracaso alude a la falta de coherencia y unidad en los distintos frentes que estaban combatiendo al enemigo común de Buenos Aires, pero que más tarde, al paso de más de quince años lograron vencer. Por ello la novela no da cuenta todavía de este triunfo, porque se publica un año antes de la destitución de Rosas a manos de los ejércitos libertadores.

Sin embargo, otra razón igualmente válida, que podría justificar tal desproporción entre ambas novelas¹², podría ser la intencionalidad con que cada escritor quiso reflejar el momento histórico y su grado de compromiso con el mismo. En este sentido se podría afirmar que en *Mármol* su compromiso es bastante contundente y revelador, mientras que en *Isaacs* no aparece con claridad, y quizás se podría entender esto como un “silencio” consciente del escritor que lo lleva a no asumir ningún tipo de compromiso político. Pero para llegar a consideraciones más fidedignas al respecto, es necesario un breve recorrido o esclarecimiento por aquellas situaciones históricas que se recrean en ambas obras, con el fin llegar a comprender el papel legitimador de los proyectos políticos de los mencionados escritores.

Para empezar, es bueno recordar que los tres momentos anunciados antes que posibilitan la canonización de Efraín como héroe, posiblemente nacional a la manera como *Isaacs* lo edifica, independientemente de que *María* haya muerto al final de la historia, están mediados por el factor de orden social, pues no hay alusión a graves problemas que puedan poner en peligro la estabilidad del gran Valle y su hacienda el Paraíso. Allí lo que tenemos es una convivencia paradisíaca de los distintos estamentos sociales: blancos hacendados, servidores, mestizos, mulatos y negros. Está ausente el escenario histórico del momento¹³, por tanto, se produce una cierta enajenación de la realidad colombiana ya que se describe una realidad idílica, donde no hay conflictos que haya que resolver, como sí ocurren en *Amalia*, y donde sólo reina la armonía. Lo que equivale a que existe un olvido colectivo que facilitó la selección de *María* como novela fundacional, representante de los ideales de la joven nación colombiana.

Cuando Ernst Renan enuncia que la “esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que todos hayan olvidado muchas cosas” (1991:23), se observa que el olvido se constituye en elemento importante para la formación de la nación, de su presente y su futuro porque obviamente no es saludable recordar episodios penosos de la historia pasada o de su presente inmediato. A este postulado se le suma el de Homi Bhabha, quien dice que la conjunción entre recuerdo y olvido es una de las vías por las que se construye la nación. En *María*, por ejemplo, observamos un recuerdo: la existencia de los negros esclavos, pero es un recuerdo selectivo, donde no se da cuenta de la verdadera situación que viven los esclavos para la fecha, cuando ya libres según las leyes colombianas, seguían siendo explotados en

¹² Para no pecar en injusticias con dicha comparación, recuérdese que se habla de la época en que la mayoría de las naciones latinoamericanas emprenden sus proyectos de constitución de estados nacionales, y para ello, la literatura de este período, como ya se ha anunciado, sirvió de referente para tal finalidad. Al respecto, Henríquez Ureña recuerda que en los países ya independientes, “la literatura, en todas sus formas, conservó todas las funciones públicas que había cobrado con el movimiento de liberación. En medio de la anarquía, los hombres de letras estuvieron todos del lado de la justicia social, o al menos del lado de la organización política contra las fuerzas del desorden. Para mencionar sólo algunos ejemplos notables.... En la lucha de facciones en Colombia, sus dos mejores poetas, Julio Arboleda y José Eusabio Caro escribieron elocuentes versos políticos... Y los dos movimientos nacionales más importantes del siglo, la Reforma de México (1855-1874) y la lucha contra Rosas (1837-1852), seguida de la reconstrucción orgánica del país (1853-1880), en la Argentina, se llevaron adelante con la ayuda de una enorme cantidad de literatura” (118-119).

¹³ Una vez más se recuerdan las grandes divisiones políticas y conflictos ideológicos que envuelven a la nación, y de las muchas guerras civiles que se viven una vez declarada la ley de abolición de la esclavitud, cuando los privilegios de los hacendados se ve en peligro, y finalmente, una vez se establecen políticas económicas que van en contra de los intereses particulares de la aristocracia del país.

varias regiones del país¹⁴. Tenemos entonces un recuerdo y un olvido simultáneos que funcionan como estrategias para un reconocimiento imaginario del común de los ciudadanos como parte de la nación.

Continuando con el elemento étnico, es bien interesante comprobar que cuando en la novela de Isaacs se alude a los negros se les pinta como bellos, felices y fraternos: “Los esclavos, bien vestidos y contentos hasta donde es posible estarlo en la servidumbre, eran sumisos y afectuosos para con su amo” (24); al igual que cuando se habla de los indios, ya que son vistos como una raza sumisa, trabajadora y honrada. Asimismo, resulta importante destacar que si bien el romance entre Efraín y María no alcanza la felicidad anhelada por medio del matrimonio, en esta raza sí se alcanza, pues tanto la pareja de esclavos Bruno y Remigia, como la indígena de Braulio y Tránsito, donde incluso en esta última María y Efraín actúan como padrinos, logran la unión matrimonial; son una especie de amores periféricos en la historia de la novela que logran la felicidad y el porvenir negado a la pareja señorial y elegida para constituir el romance nacional. Y es una forma más para confirmar el estado de bienestar social con que se representa a esta raza en la obra, lo que en verdad difiere bastante de las condiciones reales que tenían para la fecha, y mucho más en haciendas como la novelada donde son mano de obra obligada para la explotación de la tierra.

Con lo anterior se concluye que *María*, como novela nacional colombiana, ayudó posiblemente a establecer o definir el presente y futuro de la nación, pero no por medio del romance, de la unión de la pareja protagonista, o mediante la alusión de una realidad convulsionada en el plano social, político o económico, sino por medio de la instauración de un *orden* que en la realidad se veía lejos de alcanzar, pero que en la novela es posible mediante las situaciones idílicas que presenta Isaacs, y que trascienden la realidad colombiana del siglo XIX. Y es en la instauración del orden donde entra la figura del obediente Efraín, quien se constituye como héroe en la medida que posibilita un ambiente armónico, en contra de su propia felicidad.

A partir de este argumento, resulta entonces comprensible que el proyecto político y de compromiso social de Isaacs para con el momento histórico de Colombia sea en cierta forma engañoso, ya que no se corresponde con la realidad de dicho contexto, y dista mucho de la literatura comprometida de la época¹⁵, aquella que daba cuenta de los fenómenos sociales y políticos que afectaban la nación, y que incluso proponía de manera implícita posibles horizontes para reparar las situaciones que perturbaban su estabilidad; situaciones que en la novela de Isaacs se invisibilizan para dar lugar a la

¹⁴ La justicia para con el indio, nos recuerda Henríquez Ureña fue uno de los ideales del movimiento de independencia. Sin embargo, “El fracaso, a lo largo de todo el siglo XIX, de convertir este ideal en realidad, nos dejó ese problema como herencia”, dado su servidumbre al mejor postor. Algo parecido, continúa el crítico, “pasa con el negro, pues solo a partir de 1951 comienza abolirse la esclavitud en toda América Latina” (108), y Colombia no fue la excepción, sólo que dicha abolición estuvo lejos de alcanzarse en el mismo momento de su declaración, ya que en la práctica no se cumplió hasta varios años después.

¹⁵ Para citar tan sólo un ejemplo en el contexto colombiano, recuérdese la novela *Manuela*, donde el escritor Eugenio Díaz Castro se vale de una heroína pobre pero inteligente para revelar las grandes divisiones y conflictos ideológicos que en la provincia causaban las disputas entre manuelistas y tadeístas, que en el contexto nacional correspondería a los grupos de liberales y conservadores respectivamente. En este sentido Díaz Castro ofrece una mirada más objetiva de la realidad colombiana de aquella época, y por medio de su beligerante heroína aboga por la aplicación del lema de la Revolución Francesa para legitimar la nueva nación que se pretende erigir en el contexto histórico del momento.

proyección de un futuro idealizado a partir del romance idílico que, aunque incompleto, llena de vigor y esperanzas su pacífica nación.

En otras palabras, se demuestra que si bien su novela pudo tener éxito en su momento¹⁶, dado el impacto y la complicidad que genera en el lector el romance frustrado de los amantes, es bien claro que el discurso político de fondo carece de importancia y significado para contribuir a la formación de los principios sociales, culturales y políticos con que sueñan los ciudadanos libres de la sociedad colombiana. Con lo anterior es posible pensar en un Isaacs dispuesto más en sus propios intereses, de ahí la serie de regresos desesperados y deseos intensos de mantener un pasado intacto en la narración novelesca, que en los del futuro de la nación. Se quiere insistir entonces en la escasa validez y justificación de su discurso, como intelectual comprometido con los procesos democráticos y sociales de su país, dado el predominio de lo personal en contra de lo colectivo o lo nacional, que está dado incluso desde el interés desproporcionado en el romance de Efraín y María, y no focalizado desde una óptica más amplia, menos singular, más nacional. De esta forma se tiene la figura de Isaacs como la de un intelectual poco comprometido con las condiciones históricas de su tiempo, y por tanto, su proyecto narrativo, disuena en el contexto violento y convulsionado de la joven nación colombiana¹⁷.

Ya en el contexto argentino, al cual accedemos por medio de las cuantiosas revelaciones históricas que se plantean en *Amalia*, encontramos una posición bastante crítica por parte de Mármol sobre las diferentes circunstancias que afectan la libertad y el bienestar de la Argentina de mediados del siglo XIX; y para señalar las consecuencias tan lamentables que trae esta situación, se vale del romance malogrado de los amantes, ante lo cual el lector también lo asume como una tragedia personal de proporciones descomunales.

Como ya se ha visto antes, la novela se apoya en documentos históricos reales para hacer más verosímil la denuncia de las muertes, represiones y demás mecanismos de dominación impuestos por Rosas y su grupo de la Mazorca para controlar el poder; documentos todos que se transcriben con acontecimientos precisos, fechas exactas, lugares históricos y nombres propios de gran importancia de la época novelada, para no dar lugar a ningún tipo de vacilación ante la magnitud de su denuncia. Allí aparecen los nombres de los caudillos o militares de aquel período, ya sea por el lado de los unitarios o defensores de la libertad (Rivera, Lavalle, entre otros), o bien por el lado de los federales o defensores de la causa federal de Rosas (Cuitiño, Mariño). Documentos históricos que finalmente no hacen más que confirmar la existencia de un régimen represivo, con todas sus maquinaciones inhumanas, y de todos los movimientos que

¹⁶ Así lo atestiguan muchísimos estudios críticos y de recepción que se han hecho de esta novela colombiana en diversos ámbitos académicos; ver por ejemplo, el importante estudio que presenta Doris Sommer “El mal de María: (con)fusión de un romance nacional”, donde además de hacer una lectura de la obra desde una perspectiva étnica, específicamente la lectura de *María* como una alegoría racial (judía), da muestras de los numerosos estudios publicados sobre la obra desde el momento mismo de su publicación.

¹⁷ Este argumento adquiere mayor credibilidad si nos remitimos a algunos documentos históricos donde se estudia la vida social y política de Jorge Isaacs, y encontramos su ambigua posición política en los años de escritura de su novela y en los posteriores a la misma, pues era fácil encontrarlo en las toldas del partido conservador, cuando era Diputado al Congreso por su región, al tiempo que se mostraba simpatizante de las ideas del partido liberal que por aquel momento comenzaba a emerger con gran fuerza. Para un mayor conocimiento de esta faceta del escritor colombiano, ver el ya citado texto de Germán Arciniegas, o “La novela de la decadencia de la clase latifundista: *María*, de Jorge Isaacs” de Gustavo Mejía.

acompañaron las campañas liberadoras para vencerlo y salvaguardar de este modo la vida y libertad del pueblo argentino; campañas en las cuales, por supuesto, tuvo un papel importante José Mármol como intelectual en el exilio con sus escritos reveladores de las infamias de dicho régimen¹⁸. Recuérdese también, como bien lo menciona Henríquez Ureña, que cuando los desterrados argentinos trabajaban por la destrucción del poderío de Rosas y de todos los demás caudillos, “sus más poderosas armas literarias fueron los impetuosos versos de José Mármol y su trágica novela *Amalia* (1851)” (120); algo parecido hizo en su momento el poeta argentino Juan Cruz Varela con sus famosos versos a favor de una independencia consumada frente al dominio español. Con lo anterior se confirma que aquellos escritores del exilio no sólo fueron hombres de letras sino hombres de acción dispuestos a luchar por la defensa de la independencia en todos los aspectos de la sociedad argentina decimonónica, de esto se desprende la consecuencia inevitable de que algunos de ellos llegaron a ser presidentes de la República Argentina,¹⁹ tal es el caso de Domingo Faustino Sarmiento.

Del mismo modo, dado su compromiso social y político por la causa de una Argentina libre y progresista, expone varias posiciones críticas sobre otros elementos que contribuyen al sostenimiento del régimen represivo de aquel momento. Por ejemplo, es fácil detectar en varias escenas de la novela la posición pasiva que asumieron los países europeos frente a la situación argentina; por ello, dicha posición es condenada por el narrador, especialmente por la actitud de países como Inglaterra y Francia, pues el primero fue sumiso ante los designios del dictador, y el segundo, si bien mantuvo un bloqueo en el Río de la Plata al comercio argentino por la violación a las libertades del mandato de Rosas, su papel no fue suficientemente decisivo para acabar con dicho mandato; a ambas naciones las critica el narrador por su papel de oportunista ante la causa argentina, pues al final, ambos países demuestran indiferencia por la situación que vive el país suramericano.

El papel de la iglesia también va a ser otro elemento del que se vale Mármol para hacer notar su fuerte posición crítica del momento. En este caso, los representantes de iglesia, encarnados en las figuras de sacerdotes y religiosas, quedan en entre dicho porque su papel humanitario y conciliador, excepto la comunidad Jesuita que fue la única capaz de velar en Buenos Aires por la santidad del templo²⁰, no se ve manifestado, y por el contrario se inclinan ante las órdenes del tirano, incluso ayudando con sus sórdidas acciones a la imposición y consecución de los planes de la causa federal. Por ello, el narrador llama indignos a los sacerdotes (387), y al clero prostituta (388), afirmando que “El confesionario estaba convertido en otro púlpito de propaganda federal, donde se

¹⁸ Al respecto, resulta relevante encontrar en la novela una nota al pie de página firmada por el mismo José Mármol y no por el narrador anónimo de la misma, donde da cuenta de su paso por la cárcel en los primeros días de la dictadura de Rosas, lugar desde donde escribió los primeros versos contra éste, y donde sentencia “los primeros juramentos de mi alma de diez y nueve años de hacer contra el tirano y por la libertad de mi patria, todo cuanto he hecho y sigo haciendo, en el largo período de mi destierro” (335). Se ve entonces el interés del autor por resaltar su voz, por encima de la máscara impuesta por el narrador, para develar su más sentido y verdadero compromiso por la libertad argentina, y por otro lado, para situar su obra como una forma de servicio público en beneficio de la soberanía de su pueblo.

¹⁹ Ver sobre el tema la extensa lista que Henríquez Ureña presenta en la nota 11 del capítulo V de su ya citado libro, de los escritores que alcanzaron la presidencia de países hispanoamericanos luego de las guerras de independencia en el siglo XIX, y en las primeras décadas del XX.

²⁰ De esta comunidad se lee en la novela “Los jesuitas fueron los únicos sacerdotes que osaron oponer la entereza del justo –la fortaleza del que cumple en la tierra una misión de sacrificio y de virtud–, a la profanación que hizo al altar la ennegrecida presunción del tirano” (391).

extraviaba la conciencia del penitente, pintando a Rosas como el protegido de Dios sobre la tierra, y mostrando a los unitarios como los condenados por Dios a la persecución de los cristianos” (387). Y no sólo de vale de frases y expresiones de este tipo para poner en cuestión el papel de la iglesia, sino que llega a ficcionalizar en su novela la historia de un sacerdote dotado de los todos vicios que atribuye a los federales, para hacer más crítica la situación de la misma.

Sin embargo, esta situación parece que no pesa mucho en la fe de Daniel, pues hasta el final de la obra continúa fiel a las creencias religiosas del cristianismo, implorando la ayuda misericordiosa de Dios para su causa, que es la causa del pueblo argentino: “Ahora ¡Dios nos proteja, porque espero muy poco de los hombres!”(271). Frase que expresa en una especie de monólogo ante la desilusión de ver su proyecto fracasado debido al individualismo y la falta de asociación de los que luchan por la libertad del pueblo argentino, de la cual es conocedor Rosas y se aprovecha de ella para expandir su dominio en la República y triunfar, “sin vencer” (544), tal como anuncia textualmente el narrador de la novela.

Es precisamente este aspecto, el individualismo en los frentes que combaten al tirano, otro de los aspectos donde se destaca la insistente reprobación, tanto del narrador, como por parte de Daniel, de la desunión que reina en los unitarios, en sus militares y hasta en los más cultos y valientes hombres argentinos defensores de la libertad en su país. Este fue el gran descubrimiento que Daniel encontró en su corto viaje al Uruguay, y desde ese momento comienza su estado de desencantó al notar que las fuerzas de los enemigos de Rosas luchan cada una de manera independiente, sin coordinar los esfuerzos y las estrategias de todos los frentes que aspiran derrocar al tirano, y pensando cada uno en sus propios intereses de victoria y poder. Su conocimiento de esta situación lo anima a exhortar a todos aquellos defensores de la misma causa Argentina para que conjuguen sus estrategias y luchen de manera ordenada e inteligente contra los enemigos que dominan la ciudad de Buenos Aires. En uno de sus célebres discursos ante un grupo de jóvenes con sus mismos ideales, Daniel expresa la necesidad de la asociación, única forma de poder llevar a cabo la empresa liberadora en su país, tal como lo hicieron años antes las tropas emancipadoras del dominio español en toda Suramérica: “¿Queréis patria, queréis instituciones y libertad, vosotros que os llamáis herederos de los regeneradores de un mundo? Pues bien, recordad que ellos y la América toda, fue una asociación de hermanos durante la larga guerra de nuestra independencia, para lidiar con el enemigo común, y asociaos vosotros para lidiar contra el enemigo general de nuestra reforma social: ¡la ignorancia!” (211). Y ya al final de la novela, totalmente desencantado de su lucha sin porvenir, expresa con amargura que “El individualismo es el cáncer que corroe las entrañas de este pueblo” (470).

Como se puede observar, esta situación representa en la novela el factor de derrota del proyector liberador impulsado y defendido por Daniel, quien pese a luchar por corregir dicho mal, no encuentra la resonancia adecuada para ello dado la falta de apoyo sincero por parte de los diferentes frentes que aspiraban liberar al pueblo argentino. Es tal la insatisfacción de Daniel frente a este aspecto que llega a afirmar antes de su muerte que la filosofía de la dictadura de Rosas lo constituye “Nuestros hábitos de desunión, nuestra falta de asociación, en todo y para todo, nuestra vida de individualismo, nuestro egoísmo...” (551). Y termina, irónico, con una extensa transcripción de los nombres de asociaciones de variada índole existentes en Inglaterra, útiles para la lucha organizada en pos de un mismo objetivo.

Por otro lado, el papel de la raza negra es cuestionado en la novela por sus acciones interesadas en beneficio de la Mazorca, y por ello en muchas ocasiones el narrador repudia su actitud, pues cumplieron un papel de delatores, de plebe porteña entusiasta y fanática (519), como los describe el narrador, al servicio de la mazorca, sin importar con ello traicionar a sus amos, calumniarlos o inventar cuanto su imaginación produjera para agradar a los grandes federales de aquella época. Este fenómeno permitió que los negros fueran protegidos por la Mazorca, sin dejar de ocupar su posición de esclavos, siempre y cuando con sus delaciones se pudiese dar caza a unitarios disfrazados de federales o a unitarios que conspiraban en silencio y en la clandestinidad contra el régimen imperante en la Buenos Aires de Rosas.

En oposición, defiende con reparo al gaucho honesto y trabajador, y al porteño como gente culta, valiente, con moral y principios que todavía existían en Buenos Aires y que ahora eran perseguidos por el tirano: “La libertad y la independencia de instintos humanos se convierten en condiciones imprescindibles de la vida del gaucho” (404), anuncia el narrador, pero más adelante anuncia el origen gaucho de Rosas, y es en este momento donde asistimos a una disertación bastante extensa donde se describe al gaucho como una mezcla de hombres civilizados pero con una dosis insalvable de incultura: “Ese ser que por sus instintos se aproxima al hombre de la Naturaleza, y por su religión y por su idioma se da la mano con la sociedad civilizada” (404).

Este punto adquiere vital importancia para el interés político y social de Mármol y de otros que como él vendrían luego a sentar las bases para el florecimiento de una Argentina libre y fértil. Nos referimos entonces al elemento étnico de la sociedad argentina, aquella mezcla racial de negros, indios, gauchos, porteños y otros que poblaban en aquel momento la nación sometida a los designios oscuros del gaucho Juan Manuel Rosas. Es por este motivo que Mármol introduce la dicotomía entre civilización y barbarie para dirigirse al gaucho como ser incapaz de producir una verdadera nación próspera y libre, y lo enmarca tanto dentro del bando opresor como del oprimido, dejando siempre claro que la crueldad siempre estaría del lado de los federales, por ello expresa sin vacilaciones por medio de su narrador: “Era un duelo a muerte entre la libertad y el despotismo, entre la civilización y la barbarie: y estaban ya sobre el campo los dos rivales con la espada en la mano, prontos a atravesarse el corazón teniendo por testigos de su terrible combate a la humanidad y a la posteridad” (352). Duelo del que saldrían vigorosos los federales pero no por mucho tiempo, ya que al final de la novela, pese a la derrota en que queda sometido el proyecto de Daniel, expresa el narrador: “Sorprendida Buenos Aires, tiene que soportar esa imposición terrible de la fuerza. Ya no era la cuestión de unitarios y federales: eran la civilización y la barbarie las que quedaron para disputar más tarde su poderío. Entretanto, con la derrota de los unitarios, la civilización quedó vencida temporalmente” (410).

Civilización que, aunque no se vislumbra en la novela de Mármol, se vendría a completar luego de la caída de Rosas a manos de los buenos unitarios que vencieron las tropas enemigas para dar paso a la organización de la nación soberana de todo tipo de barbarie y de todo sistema de caudillaje²¹. Es este pues uno de los aspectos que adquiere

²¹ Aquí vendría muy bien citar nuevamente el libro de Henríquez Ureña cuando hace alusión al caso argentino, pues es contundente cuando afirma que Sarmiento fue, por excelencia, el más grande constructor de la nación en América (137), y que el proyecto de progreso en la Argentina, desfavoreció al Gaucho y al indio, y privilegio a los inmigrantes europeos (149). Nada extraño entonces que ya Mármol adelante en su novela la futura constitución de la raza argentina, ungiéndole atributos extranjeros que ayudarán a establecer una verdadera civilización en las futuras generaciones de hombres argentinos, dado

mayor importancia del compromiso político que presenta Mármol como intelectual ligado a los acontecimientos sociohistóricos de su momento, y es por ello que su proyecto narrativo, a diferencia del de su homólogo colombiano, armoniza en el contexto estremecido de la sacrificada nación Argentina.

Finalmente, hay que entender que pese a que asistimos a un mismo período histórico en dos naciones latinoamericanas, los proyectos discursivos difieren en el nivel de compromiso que adquieren los dos escritores estudiados en este texto, pues si bien en ambos proyectos se vislumbran aspectos importantes de la situación social y política en las naciones, es claro que el proyecto de Mármol es más contundente para reflejar dicha situación y para asumir un compromiso político con la libertad de su pueblo, mientras que Isaacs se ve ensimismado con la aparente cordialidad que se vive en el campo colombiano, sin dar pie a ningún asomo de conflicto social, que de hecho, vivía su nación. Con esto quedan pues expuestas las razones que llevan a uno y otro escritor a convertirse en figuras representativas y valorativas de los procesos sociales, culturales y políticos que atravesaron sus respectivos países a mediados del siglo XIX, cuando se da inicio a los proyectos constitutivos de las naciones latinoamericanas.

Con todo, resta decir que independientemente del grado de participación y compromiso que los escritores estudiados guardan con los proyectos nacionales en sus respectivos países, ambas novelas tienen un extraordinario interés histórico y literario, como creación de un período crucial en la constitución de las Repúblicas Argentina y Colombiana, y como resultado de una experiencia personal que se debate entre la agitada vida social del momento y la inventiva personal para retratarla de acuerdo a sus propios intereses e ideales; y también, claro está, como resultado de la adecuación de orientaciones estéticas importadas a la realidad latinoamericana del siglo XIX, que sin duda originó importantes representaciones.

Bibliografía citada

Altamirano, Ignacio Manuel. “La literatura nacional” en: *La literatura nacional*. México, Porrúa, 1949.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.

Arciniegas, Germán. *Genio y figura de Jorge Isaacs*. Buenos Aires: Universitaria de Buenos Aires, 1967.

Barthes, Roland. *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970.

Castro García, Óscar y Posada, Consuelo. *Manual de Teoría Literaria*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1994.

que en el momento vigente de la novela es escasa su presencia y por ello la imposibilidad de alcanzar la libertad anhelada y el progreso soñado. Por último, el proyecto de Sarmiento se inicia en la era constitucional en Argentina a partir de 1862, cuando se organiza por fin la nación (141).

Díaz Castro, Eugenio. *Manuela*. Medellín: Bedout, 1980

Espinoza, Enrique (comp.). *Para una revisión de las letras argentinas*. Buenos Aires: Losada, 1967.

Foucault, Michel. *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.

Genette, Gerard. *Figures III*. París: Editions du Seuil, 1987.

González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987

Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Isaacs, Jorge. *María*. Medellín: Bedout, 1978.

Mármol, José. *Amalia*. Medellín: Bedout, 1980.

Mejía, Gustavo. “La novela de la decadencia de la clase latifundista: *María*, de Jorge Isaacs”, en *Escritura*, jul./dic. 1976. p.261-278.

Sommer, Doris. “Amor y patria: una especulación alegórica” en: *Foundational fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: U. of California Press, 1991.

Tirado Mejía, Álvaro. “El estado y la política en el siglo XIX”, en *Manual de Historia de Colombia*. Bogotá: Procultura, 1982.

Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política de Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971.

Historia de la literatura argentina. Buenos Aires: Losada, 1948.